

Por los pueblos

POR LA CUARESMA EN LA MONTAÑA

Aunque no se hayan extinguido totalmente ciertos usos y algunas ácticas, tradiciones y costumbres genuinamente cristianas, en los pueblos de la montaña leonesa, que recitan a modo de rica herencia, se producen todos los años en la Cuaresma, sin embargo, sensible observar que no hay a la hora

presente tanta afición hacia ellas, ni tanto interés en guardarlas; deduciéndose de aquí que aun a fines del siglo pasado, se descubría y percibía mejor que ahora la santidad del tiempo de cuaresma y el dulce reposo de la oración sin que esto implique que hoy la fe y la vida cristiana, de los montañeses se hallen en decadencia y marchen vertiginosamente hacia el ocaso de la indiferencia religiosa, porque sabido es que hay muchos pueblos donde la vida eucarística es más activa y vigorosa que antes y más intenso el amor al amor de los amores; pero de decaer sería que varias de las prácticas extensas del culto, que en otros tiempos las observaban todos los fieles de la montaña, volvieran de nuevo a manifestarse con todo su antiguo brillo y esplendor, porque nadie ignora que las prácticas espirituales elevan el alma, la aproximan al cielo y la hacen respirar, como afirma un autor, el aire puro de la verdad. Y no vale decir que tales ejercicios externos son de poca importancia y transcendencia en orden a la reforma y perfección del hombre interior, pues la experiencia nos enseña que allí donde se han relegado al olvido, los hombres no rinden a Dios el homenaje debido de adoración, de sumisión y de acción de gracias, ni interno, ni externo, ni en cuerpo ni en alma. Por lo cual, juzgo ser tarea muy plausible y meritoria la de fomentar las prácticas del culto exterior, tan recomendadas por todas las almas que han brillado por sus relevantes virtudes, por estar bien penetrados de que despiertan y promueven la devoción interior y el amor al Creador y de que el pueblo ama la devoción que le entra por los sentidos. Así se nota que las aldeas o poblaciones que menosprecian dichas prácticas, presentan una fisonomía menos grave y religiosa, que otras más religiosas y devotas, como en efecto eran y todavía continúan siéndolo no pocos de la montaña, en los que tenían lugar con ligeras variantes, de manera algo diferente de lo que ahora se ve. El *Via Crucis* (vulgo) *Calvario* y la asistencia a Misa, Rosario y Catequesis.

Con respecto, pues, al *Calvario* que nos recuerda el real y material, en el cual expiró el más grande de los mártires, he de poner de relieve que al mismo despuntar del día o muy de mañana se encaminaban casi todos

2

los fieles, después de oír la voz de la campana vigilante, en dirección al templo para asistir al nunca bastante ponderado ejercicio devoto del *Via Crucis*, a contar desde el miércoles de ceniza hasta el sábado Santo, el cual solían presidir y rezar en alta voz los maestros de escuela, a excepción de los domingos, en los que acostumbraban a cantarlo los mozos de los pueblos, entonando unos días: «Poderoso Jesús Nazareno, de cielos y tierra, rey universal» etc., y otros:

Alma que ociosa te sientas
malogrando esta ocasión....

Concluido el Calvario, los concurrentes al mismo volvían en su mayor parte al recinto sagrado, con el fin de oír misa, a la que no sólo en la Cuaresma asistía la generalidad de los fieles, sino también durante todo el invierno.

A la caída de la tarde, y momentos antes de la explicación del Catecismo y de la Oración de la noche, se reproducía una escena tierna y edificante en algunas aldeas, consistente en ir cantando los niños de ambos sexos himnos religiosos desde la casa de escuela o desde el centro del pueblo hasta el umbral de las puertas de la Iglesia; signándose y santiguándose antes de ponerse en marcha, al mismo tiempo que cantaban: «Por la señal de la santa Cruz», etc., etc. Los himnos que con religioso entusiasmo entonaban los candorosos niños de los

tiempos pasados, dirigidos siempre por sus maestros en el trayecto recorrido por la procesión infantil, en unos pueblos eran aquellos, cuyos primeros versos pongo a continuación:

Venturoso mil veces
que desde niño
llevas el yugo suave
de Jesucristo.

Dios te salve, María,
hermosa y bella,
eres luz en el cielo
y sol en la tierra.

Y en otros, el siguiente:

Mira niño que te aviso
que a Dios sirvas y le ames,
que guardes sus mandamientos
y de ellos nunca te apartes.

Antes de entrar en el templo estaban escuchando por espacio de 15 o 20 minutos la explicación y preguntas de doctrina cristiana, que en el pórtico hacían los párrocos a los fieles de los pueblos, que entonces asistían en masa al rezo del Rosario de María y a la visita de altares para ganar las indulgencias de la Santa Bula, sin manifestar tedio ni cansancio alguno.

Cuando los niños entraban en el templo, cantaban de nuevo sobre el umbral de las puertas, y al terminar el Rosario hacían igual, con la particularidad de que los de cierto pueblo al salir de la iglesia daban una vuelta en derredor del Camposanto a ella contiguo, cantando todos al unísono unos versos de despedida a la Virgen, en presencia de los demás

fieles, que permanecían silenciosos ante aquel hermoso y conmovedor espectáculo.

Bien sé que tales himnos no eran bellos y pulidos, pero eran afectivos, llevando al corazón el calor de la devoción y de la piedad, a las cuales se amolda bien el lenguaje sencillo e ingenuo de muchos cánticos, que predicaban por sí solos y que tanta importancia tienen en la obra de las misiones, sirviendo como de herramienta a los obreros evangélicos.

Para terminar, quiero recordar que nuestros mayores observaban con mucha escrupulosidad el ayuno y abstinencia cuaresmales; tanto es así, que la mayor parte se abstendían diariamente del uso de carnes y grasas, de alimento por la mañana y casi pudiera añadir que por la noche también, pues todo lo que tomaban se reducía a bien poca cosa. De dondese infiere que entonces no ocurría lo que ahora, que por precisión tenemos que lamentar una gran desgracia, y es, como dijo Víctor Hugo en un resonante discurso, la tendencia a quererlo todo en esta vida.

DANIEL REVERO

La Crónica de León